

se pone, para cambiar de conversación. Pero ni así, macho, que se ve que no estamos maduros para la discusión y la convivencia, que ahora ha salido una revista con este nombre y me parece que van a ir de costadillo. ■ T. O.

PIANO, PIANO, EN EL MISMO SITIO

Que no vengan luego los de siempre diciendo que en España lo prohíben todo. Que ya sabemos de donde sacan estos señores sus fuerzas y sus argumentos, dispuestos siempre a denigrarnos y a lucir solo los trapos sucios que en todas partes hay. Porque la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad es que aquí se prohíben muy pocas cosas; y que las que se prohíben lo están sólo provisionalmente. Tenemos varios ejemplos en el campo del cine, que los otros son más abruptos y escurridizos. En el cine, sin necesidad de ir más lejos, tenemos varias pruebas de lo injusto de muchos comentarios críticos de prensa cuando se refieren a la prohibición de películas extranjeras. Leo, entre otros, una crítica fechada en 1973 que se lamentaba de que no pudieramos ver aquí títulos como «La naranja mecánica», «Jesucristo Superstar», «The touch», «Comboy de medianoche», «Easy Rider», «Galileo», «Malizia», «El conformista», fechados —decía la crítica— en muchos casos antes de 1970.

Pues bien, ¿a qué viene lamentarse? Aquí están todos, más o menos íntegros. Pulidos y adecentados por nuestra censura que trabaja infatigablemente por mantenernos al día. O lo que es



mejor: ofrecernos los productos de antaño para que podamos analizarlos con una perspectiva de presente. Así, también por ejemplo, se repone en estos días la sin par obra maestra «Blancanieves y los siete enanitos», prodigio filmico para chicos y grandes culmen de la sabiduría cinematográfica de todos los tiempos. Nosotros no necesitamos para

nada informarnos de lo que pasa en su momento. Si las obras son buenas, se mantienen en el tiempo y, por lo tanto, cualquier tiempo es bueno para conocerlas. Además, ¿cualquier tiempo pasado no fue mejor? ¡Pues de esta inteligente forma, el pasado nos dura más!

No hay manera sin embargo. Los inconformes de siempre si-

guen luciendo sus listas. Y preguntando que aquí no se ha visto nada de lo último de Godard, de Fellini, de Pasolini (q.e.p.d.), que no conocemos «Z», ni «Estado de sitio», ni «Sacco e Vanzetti», ni «Uomini contro», ni «La clase obrera va al paraíso», ni «Encuesta sobre un ciudadano fuera de toda sospecha», ni «La grande bouffe», ni «Life Size», ni «Viridiana», ni «La dolce vita», ni «If», ni «La guerre est finie», ni «El último tango en París», ni «La hora del lobo», ni «Conocimiento carnal», ni «Zabriskie Point», ni «Le souffle au coeur», ni «La tierra prometida», ni ningún Arrabal... En fin, sus listas no acaban nunca. Son los de siempre.

Luego resulta que cuando al cabo de un tiempo prudente, que oscila en nuestra censura entre los veinte años máximo (cuando una película llega a aprobarse) y cuatro o cinco mínimo, se acaba viendo las tan cacareadas películas, éstas no son tan importantes como parecían. Y esto no lo digo yo solo: que se lo he leído a algún crítico (que trabaja también como censor cinematográfico). Este crítico, con sabios argumentos, lo comentaba: «la película X debía haberse visto en su día. Hoy, no tiene sentido».

¿Qué creeran ustedes que pasó frente a un comentario tan honesto como claro? Pues que más de uno le contestó al crítico: ¡Haberla aprobado en su día!

Y es que aquí no hay más que gente que se queja de vicio. ■ EL CRÍTICO ORTODOXO.

ELOGIO DE LO QUE SOBREVIVE

Se ha repetido a menudo que el dadaísmo murió cuando entró en

